

587-588 OPUSCULUM TRIGÉSIMO CUARTO. SOBRE VARIAS NARRACIONES MILAGROSAS, AÑADIENDO UNA SIMILAR DISPUTA SOBRE VARIAS APARICIONES Y MILAGROS.

ARGUMENTO.

Este opúsculo está completamente lleno de ejemplos admirables, que se llaman milagros con un solo nombre, los cuales se sabe con certeza que tienen un gran poder para inflamar los ánimos hacia la virtud y disuadirlos de los vicios.

Al señor DESIDERIO, arcángel de los monjes, y a los demás santos hermanos, PEDRO, monje pecador, ofrece el servicio de su devotísima servidumbre.

Como en mi pecho arde inextinguiblemente el fervor de tu caridad, y no me permite enfriarme en el recuerdo de ti, recientemente me vino algo a la memoria que me recordó enviarte una carta. Pues mientras habitaba diligentemente en la contemplación de ti, y asistía en los ojos del corazón al angelical de los hermanos y al santo convento, como si estuviera corporalmente presente, entre muchas otras cosas, de repente recordé tus cartas, que enviaste bajo interrogación; pero a las cuales, impedido por la instancia sinodal, aún no he respondido. Y esto, si puedo recordarlo, estaba contenido en aquellas epístolas: que una cierta mujer celosa, teniendo un marido sospechoso de fraude de adulterio, pidió consejo a una vecina sobre cómo podría reclamarlo para sí, contento en su propio lecho. Esta, ciertamente perversa y evidentemente sujeta a las llamas vengadoras, le enseñó este sacrilegio con el venenoso consejo de la antigua serpiente, para que recibiera el Cuerpo del Señor como si fuera a comulgar, lo guardara cuidadosamente y luego se lo diera a su marido no sin ciertos maleficios. Lo cual, recibido del sacerdote y guardado en un pañuelo hasta que se presentara la ocasión, dio un gran asombro como milagro. Pues esta partícula del Cuerpo del Señor se encontró convertida en carne hasta la mitad, mientras que la otra mitad no cambió su apariencia de pan. Así que, si recuerdo correctamente, esto propusiste, y luego preguntaste qué significaba. Sobre esta cuestión, como no es necesario prolongarse más, expondré brevemente lo que me parece. Pues Dios Todopoderoso convirtió aquel sacrosanto misterio en apariencia de carne para acusar la perfidia de la mujer reprobada, mostrando la verdad visible del Cuerpo del Señor: para que, al ver la apariencia de verdadera carne, condenara con su propio juicio la audacia sacrílega del crimen cometido. Pero el hecho de que la mitad permaneciera así, sirve como testimonio de un juicio más evidente, para que, al considerar que en una misma sustancia está presente aquí la apariencia de pan y allí la de carne, entiendas indiferentemente la verdad de la verdadera carne y del verdadero pan, porque Él mismo es el pan que descendió del cielo (Juan VI), y es también la carne que salió de la materia del vientre virginal.

Pues también aquel vecino vuestro, el obispo de Amalfi de piadosa memoria, cuyo nombre no sé, testificó muchas veces bajo juramento ante el Papa Esteban Romano, en mi presencia, que cuando alguna vez se acercó a la mesa del Señor para sacrificar, pero dudaba incrédulo sobre el sacramento del Cuerpo del Señor, en la misma fracción de la hostia salvadora, apareció carne roja y perfecta entre sus manos, de tal manera que incluso manchó sus dedos de sangre, y así quitó al sacerdote toda duda. Aquí se debe notar cuán grande es el peligro de tocar con manos indignas tan terrible sacramento. Pero, ¿qué decimos de los sacramentos mismos, cuando incluso sobre aquellos que ofenden con sus vasos, vemos que se pronuncian sentencias terribles?

[SOBRE VARIAS NARRACIONES MILAGROSAS, AÑADIENDO UNA SIMILAR DISPUTA SOBRE VARIAS APARICIONES Y MILAGROS.]

CAPÍTULO PRIMERO. Ejemplo terrible del obispo Arnaldo de Arezzo que aliena el cáliz del Señor y lo sustrae de la Iglesia.

Ciertamente conociste familiarmente al obispo Arnaldo de la sede de Arezzo. De él me narró Martín el ermitaño, un hombre de gran opinión y célebre fama, que sustrajo un cáliz de oro de un monasterio de su jurisdicción y lo alienó por ciertas necesidades inminentes. A este cáliz, una noble y devota mujer que lo había ofrecido a los santos, hizo inscribir el título de anatema para que nadie lo sustrajera. Mientras tanto, a un hermano sumido en el sueño, le fue dado ver un lago ardiente con el calor de un fuego inmenso, exhalando fétidos olores de pez y azufre no sin volúmenes de humo denso. Alrededor de este lago, ciertos seres terribles como etíopes, montados en caballos igualmente negros pero altos como torres, se encontraban. Dentro, innumerables monstruos de torturadores crueles; y se veían horribles y diversas torturas de los condenados. Entre ellos, de repente, también vio al obispo Arnaldo, a quien dos etíopes terribles sumergían hasta el cuello en las aguas hirvientes por el exceso de calor, uno de los cuales parecía tener una sartén de hierro y el otro un cáliz de oro en las manos; pero este llenaba el cáliz con agua de la sartén, y aquel lo ponía inmediatamente en los labios del obispo, obligándolo a beberlo completamente. Así nunca cesaban, y aquel sumergía el cáliz en los labios del que lo bebía, y este, obligado, lo bebía sin cesar. ¿Por qué prolongar más? El obispo escuchó esta visión para que devolviera el cáliz al monasterio, lo cual le fue sugerido por todos sus amigos. Él, quizás dudando, prometió devolverlo. Pero mientras el asunto se difería para el día siguiente, o mientras él no velaba por su salvación, la sentencia celestial no dormía sobre él. Pues también San Pedro dice sobre aquellos que negocian en avaricia con palabras fingidas: "Para los cuales el juicio desde hace tiempo no cesa, y su perdición no duerme" (I Pedro II). Así que un día, ya cerca de la tercera hora, en el parapeto del castillo donde estaba, mandó traer una silla para recibir el calor del sol naciente y alejar los restos del frío matutino. Mientras sus domésticos, siervos y compañeros le asistían, y él, seguro, alegre y jovial, mezclaba con ellos palabras ingeniosas y urbanas, de repente un dolor repentino cayó sobre su cabeza como una espada, y le hizo exclamar: "¡Muero, muero!" Inmediatamente, llevado por los necesarios, fue trasladado a su lecho: recibió el misterio de la sagrada comunión y al instante exhaló su espíritu. Teme, pues, cualquiera que distraiga los utensilios del misterio eclesiástico o desprecie el elogio del terrible anatema; no sea que, mientras camina como seguro, el lazo del juicio oculto lo atrape. ¡Ay, miserable y muy infeliz condición humana! Ciertamente, aunque al mencionado obispo le sobrevino la negligencia en esto, sin embargo, era agudo, ingenioso y cauteloso, y de tal elocuencia que, mientras discurría con gran facilidad en palabras, no sin razón podría haber sido llamado circunciso de labios. Pero cuando el Apóstol dice: "La prudencia de la carne es muerte; la prudencia del espíritu es vida y paz" (Rom. VIII), ¿de qué sirve si alguien es hábil en la prudencia de este siglo, si con la agudeza de un ingenio vivaz comprende lo oculto, si con astucia versátil, como Proteo, se convierte en varios monstruos de formas?

590 CAPÍTULO II. Otro terrible ejemplo del obispo Tedaldo.

Mientras tanto, bajo la ocasión de este discurso, vuelve a la memoria lo que una vez el obispo Tedaldo, predecesor de este, añadió en el púlpito durante la festividad de San Donato. En los confines de Lombardía, de donde provengo, dijo, había un hombre de ingenio versátil y de agudísima sutileza, doble de ánimo, elocuente en el discurso, instruido en la invención y fabricación de engaños, muy astuto en encontrar y variar consejos. Nunca levantaba los

brazos contra la corriente, sino que, desde cualquier lado que el torbellino mundano lo soplara, inmediatamente oponía el manto adecuado de astucia y versatilidad. Sucedió, sin embargo, que después de su muerte, un hermano lo vio en una visión nocturna. Había un lago de fuego; que exhalaba incendios vomitados por las llamas, y con globos crepitantes de fuego infundía terror a los que lo veían; alrededor de este lago parecían estar enormes dragones de tamaño descomunal, y varias especies de serpientes se paseaban de un lado a otro. Pero aquel hombre que mencionamos, atrapado en la misma vorágine de llamas chirriantes, intentaba escapar, pero, con las bestias obstruyendo, lamentaba que no hubiera salida. A veces preparaba la fuga por un lado; pero he aquí que una serpiente se le presentaba. Intentaba salir por otro lado, pero he aquí que otra bestia, con la garganta abierta, le cerraba el camino. Él intentaba de nuevo otros lugares para escapar, pero con las bestias levantándose, no había manera de huir. Sin embargo, cuando la Verdad dice: "Con la misma medida con que midáis, se os medirá" (Mat. VII; Marc. IV), esto le sucedía por el justo juicio de Dios. Pues así como él, por la vanidad de la astucia carnal, sabía cómo liberarse de cualquier lazo de este mundo, así después, en cambio, no podía, con ningún ingenio, evadir el suplicio que lo atormentaba. Si hubiera ejercido la prudencia que poseía en los mandamientos divinos, no sería quemado entre las bocas rabiosas de las serpientes, sino que se alegraría más bien entre las huestes de los bienaventurados.

CAPÍTULO III. Otro ejemplo de alguien que no da honor al lugar sagrado.

Un caso ocurrió en nuestras partes sobre un hombre sabio según la carne, que no es digno de ser pasado por alto en silencio. Un principal de la ciudad de Fano, llamado Hugo, la noche que sigue al Viernes Santo, precediendo el sagrado Sábado de la sepultura del Señor, entró con armas y armados en la iglesia, donde se celebraban los oficios divinos, y capturó violentamente a un hombre que le era odioso, y lo sometió cruelmente a cadenas. Porque se atrevió a hacer algo nuevo, Dios Todopoderoso lo condenó a un nuevo castigo. Pues aunque parece mantener el sentido de la mente íntegro, todos lo escupen, lo rechazan y lo reprochan como si fuera un demente, vacío y loco. 591 Su aliento, como se queja el Beato Job, lo aborrece su esposa (Job XIX), y como si fuera un poseso, lo rechaza su nuera, su hijo no lo admite a la mesa ni a la conversación, los siervos apartan la vista, los amigos, clientes, soldados, parientes y allegados lo desprecian: incluso el obispo de la ciudad, y, para resumir todo, todo el clero y el pueblo, ya casi por doce años, lo consideran impotente de mente y loco, y no se dignan tener ninguna relación con él como si fuera un energúmeno. Sin embargo, aunque es rico y su casa es abundante, sus ropas son andrajosas y sucias, su cabello está descuidado, su cabeza hiede por la injuria del sudor prolongado, y todo su cuerpo está sucio por el largo descuido. Este hombre, cuando supo que yo estaba presente, se acercó rápidamente a mí, expuso los males que sufría, presentó su queja sobre los suyos con sobrio discurso, y (según pude deducir del tenor de sus palabras) razonablemente declamó. Así que me dirigí a su hijo, al obispo y a muchos de la ciudad, e indagué sutilmente qué veían en él de desordenado, qué de delirante, qué de inepto, por lo cual le imputaban locura. De los cuales, ciertamente, no pude aprender nada más, ni siquiera una palabra de señal cierta, sino solo esto: que está loco, lo cual todos afirmaban unánimemente con una sola voz. Y cuando yo decía: ¿Cómo lo saben, o con qué indicios conjeturan que está loco? No encontrando nada más, repetían de nuevo lo mismo: Está loco. Lo cual me parece ser un juicio profundo y admirable de Dios Todopoderoso, para que quien se sabe prudente y sabio que voluntariamente enloqueció, sea castigado con la opinión de locura, prudente y sabio; y quien voluntariamente se hizo furioso, sea juzgado loco por todo el pueblo contra su voluntad. Merecidamente se le adjudica la locura contra su deseo, quien voluntariamente intentó enloquecer. En verdad, si realmente estuviera loco, sería menos miserable, ya que no

conocería los males que sufre por el desprecio de los suyos. No es, pues, como un muerto del mundo (Sal. CXLII), que no siente; sino que es como un muerto del infierno, que muere continuamente, y no deja de sentir la muerte. Pues, salvo aquel terrible juicio en el fin del mundo, ahora también Dios Todopoderoso no solo castiga cualquier hecho cruel, sino también las palabras soberbias o sacrílegas, como es digno. Castigó, ciertamente, porque Belsasar trató indignamente los vasos sagrados en su embriaguez (Dan. V); ni dejó impune que Nabucodonosor pronunciara palabras arrogantes: "¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué para casa del reino, con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?" (Dan. IV). Y he aquí, como testifica el profeta, mientras aún estaba la palabra en la boca del rey, una voz cayó del cielo: "A ti se dice, rey Nabucodonosor, el reino ha pasado de ti, y te echarán de entre los hombres, y con las bestias y las fieras será tu morada" (Ibid.). Además, el Señor castigó al rey Sedequías de Judá, quien por actos reprobados despreció el mandato de Dios (II Par. XXXVI). También castigó al profeta Ananías, no porque hizo mal, sino porque dijo mentira. A quien Jeremías dijo: "No te envió el Señor, y tú hiciste confiar a este pueblo en mentira, por eso dice el Señor: He aquí que te quitaré de la faz de la tierra: este año morirás" (Jer. XXVIII).

592 CAPÍTULO IV. La muerte de un clérigo belicoso, insolente y blasfemo.

En nuestros tiempos también sucedió que en el reino de Borgoña había un clérigo muy soberbio y altivo: y no solo dedicado secularmente a la vida carnal, sino también terriblemente belicoso contra su orden. Este, pues, usurpaba la iglesia de San Mauricio, famosa por muchas propiedades, a sus dominios; pero un poderoso de otro lado, no sin gran animosidad de envidia y contienda, sostenía que era de su jurisdicción, finalmente se pactó un día de batalla, y de ambos lados se reunieron muchas huestes de armados rugientes. Aquel poderoso, que mencionamos, envió un mensajero al campamento enemigo, para que con solerte especulación observara el aparato de guerra y le informara rápidamente. Por casualidad, entonces, el clérigo escuchaba misa con sus partidarios que iban a luchar. Y cuando se llegó al Evangelio, al final se leyó: "Todo el que se exalta será humillado; y el que se humilla será exaltado" (Mat. XXIII; Luc. XIV, XVIII). Inmediatamente el clérigo, insolente, estalló en esta voz sacrílega: Esta, dijo, sentencia no es verdadera; pues si yo me hubiera inclinado humildemente ante mis adversarios, hoy no tendría tantas posesiones y clientes. Pero el mensajero, al regresar, informó fielmente a su señor no solo lo que vio en el aparato de la batalla, sino también lo que escuchó en la boca del clérigo hablando altivamente. Entonces aquel, aplaudiendo en el Señor, se alegró, y sin duda animó a los soldados a la esperanza de obtener la victoria. Así que, con las huestes de diversos armados reunidas de ambos lados, se entabló la batalla, se opusieron fuerzas a fuerzas, se bajó la densa selva de armas, y las armas infligieron heridas en los cuerpos humanos. Pero el clérigo tenía una yegua, que había montado para la batalla, de tal velocidad y fuerza, que ningún caballo o mula parecía poder serle preferido para luchar. Por casualidad, o más bien por disposición de Dios, sucedió que la noche anterior el animal se había soltado del establo y, encontrando un montón de sal, comió mucho de él. Así que el clérigo, estando en la línea de batalla, llegó a un arroyo de agua, y allí, enfrentando las armas de los adversarios, el animal, sediento por la cantidad de sal que había comido, violentamente le arrebató el freno de la mano del jinete, y lo dominó con sus fuerzas, e inmediatamente sumergió la cabeza en el agua para beber ansiosamente. Pero él, mientras luchaba con el animal con la mano con la que sostenía el escudo, se vio obligado a exponer su rostro a los dardos enemigos: y he aquí que de repente una espada atravesó su boca como un rayo, y así el hombre reprobado concluyó su vida con tal fin. ¡Oh, cuán congruente fue que sufriera la venganza en esa parte del cuerpo con la que había vomitado la blasfemia de hiel negra contra el Señor! Y cuando el Profeta dice de tales:

"Hijos de los hombres, sus dientes son armas y flechas, y su lengua es una espada afilada" (Sal. LVI), quien blandió su lengua y dientes contra Dios como una espada, dignamente pagó las penas de la espada material por esos mismos miembros. 593 A este ciertamente le sucedió lo que el Señor dice en el Evangelio: "Porque sobre dieciocho hombres cayó la torre de Siloé, y los mató" (Luc. XIII). ¿A quién, pues, mística y simbólicamente representa aquella torre, sino a aquel a quien el Salmista canta: "Me has guiado, porque has sido mi esperanza, torre de fortaleza ante el enemigo?" (Sal. LX). A esta interpretación también se adhiere el nombre mismo de Siloé. Siloé, en efecto, se interpreta como enviado. No hay duda de que es aquel que dice: "El que me envió, está conmigo" (Juan VIII). Y allí el ciego de nacimiento recibe la luz de aquel que dice: "Yo soy la luz del mundo" (Mat. XXI). Sobre la caída de esta torre, en otro lugar se dice bajo la figura de la piedra: "Todo el que caiga sobre esta piedra será quebrantado, pero sobre quien caiga, lo triturará." Sobre esta torre, o piedra, cae el hombre y se quiebra, cuando por alguna fragilidad peca, pero su ruina sobre él lo tritura, cuando blasfema con soberbia. Así que la torre de Siloé cayó sobre este clérigo, y como había merecido blasfemando, lo trituró completamente.

CAPÍTULO V. Que Dios no deja ningún pecado sin castigo.

¿Y qué maravilla es que los graves pecados nos condenen a tormentos, cuando el sutil juicio de Dios no deja impunes ni siquiera los más pequeños? Más aún, ¿qué novedad hay en que condene el sacrilegio de una palabra reprochable, cuando incluso desprecia las alabanzas a Él dirigidas si no son dignamente expresadas? Aprendí de la relación de Adraldo, un hombre prudente y religioso que preside el monasterio de Bremetense, lo que escribo, y él decía que también estaba consignado en escritos. Un clérigo, dice, de la Iglesia de Colonia cruzaba el vado de un río, y he aquí que el beato Severino, recientemente obispo de esa misma Iglesia, tomó las riendas de su caballo y lo detuvo. Y mientras él, asombrado y profundamente admirado, preguntaba por qué un hombre tan ilustre y de tan celebrada fama se encontraba allí, Severino le dijo: Dame tu mano, y aprende lo que me rodea, no por el oído, sino por el tacto. Y cuando el obispo sumergió la mano que le fue dada en las aguas, un ardor tan intenso la consumió que la carne se disolvió por completo, y apenas los huesos permanecieron unidos por las articulaciones. Entonces el clérigo, [añade] tu nombre, dijo, en tan gran bendición está entre nosotros, y tu fama es celebrada por los unánimes elogios de toda la Iglesia, ¿por qué te constriñe este abismo pestilente y, ¡ay dolor!, te atormenta con tan gran incendio? A lo que el santo obispo respondió: No queda en mí nada más que deba ser castigado con venganza, excepto esto: que mientras estaba en la corte real, profundamente involucrado en los consejos imperiales, no cumplí con los oficios de la sinaxis canónica en los tiempos establecidos. Pues, acumulando todo por la mañana, pasaba el resto del día libre de preocupaciones, ocupado en los asuntos que se presentaban. Por esta negligencia de las horas, sufro el castigo de este ardor. Tú, sin embargo, implora humildemente la clemencia del Dios omnipotente, para que restituya tu mano al estado de salud original. Y cuando esto se hubo hecho, dijo: Ve, hijo, ruega a nuestros hermanos clérigos de la Iglesia y a otros hombres espirituales, que oren por mí, que ofrezcan ayuda a los necesitados, que insistan en los votos de sacrificios. Pues, una vez cumplido esto, pronto seré liberado sin duda del vínculo de este castigo, y me uniré alegremente a los coros de los ciudadanos bienaventurados que me esperan. Esto ciertamente debe infundirnos gran temor, porque si un hombre santo, culpable de una sola falta, fue constreñido por tan intolerable pena de purgatorio, ¡ay, ay!, ¿qué sentencia se me debe imponer a mí y a mis semejantes, a quienes nos pesa la extensión de tantos delitos?

CAPÍTULO VI. Que las alabanzas a Dios no deben ser contaminadas con pensamientos impuros.

Los oficios de la institución eclesiástica deben ser distinguidos por los momentos del tiempo, y deben ser dichos bajo la gran disciplina del temor y reverencia divina, para que, mientras cantamos salmos, no mezclemos el fruto del espíritu con la desidia de la carne. ¿De qué sirve ofrecer a Dios el sacrificio de alabanza y, por negligencia, contaminarse con pensamientos impuros? Esta mezcla de bien y mal es significada por aquel pasaje evangélico donde se dice: Porque mientras el Señor enseñaba, algunos estaban presentes en ese momento informándole sobre los galileos (Lucas XIII), cuya sangre Pilato mezcló con sus sacrificios. Pues, dado que Pilato se interpreta como "boca del martillo", ¿qué debemos entender por él sino al diablo, que siempre está listo para golpear a los hombres con los golpes de las ofensas? Por eso se dice que sostiene una vara sobre los hombros de los hombres a través del Profeta: "La vara, dice, de su hombro la quebrantaste, como en el día de Madián (Isaías IX)." ¿Y qué es la sangre sino los pecados? ¿Qué son los sacrificios sino las acciones rectas y aceptables a Dios? Pilato, por tanto, mezcló la sangre de los galileos con sus sacrificios, porque el espíritu maligno contamina nuestras oraciones con pensamientos perversos, o corrompe las buenas obras con la mancha de cualquier pecado, de modo que la sangre contamina el sacrificio; mientras la culpa de la ofensa mancilla la víctima de la obra recta ofrecida a Dios. Por eso está escrito: "Porque cuando Abraham, devoto, ofrecía sacrificio a Dios de animales y aves, descendieron aves sobre los cadáveres, y Abraham las ahuyentaba (Génesis XV)." ¿Qué expresan las aves sino los espíritus reprobos que vuelan por el aire? Por tanto, ahuyentamos las aves de nuestro sacrificio cuando custodiamos prudentemente las víctimas de nuestras obras de los espíritus malignos que intentan mancillarlas.

El mismo Adraldo, a quien mencionamos antes, mientras viajaba conmigo en el reino de Borgoña, dijo: En este lugar por el que ahora pasamos, ocurrió algo que, si lo decimos, no parece ocioso. Un hermano de nuestro monasterio (sin duda Cluniacense), hombre de mente piadosa y recta conversación, pasaba por aquí en algún momento; y he aquí que un hombre con el cabello largo, como si viniera de una peregrinación a Jerusalén, llevaba una palma en la mano. Y cuando el peregrino y el monje se cruzaron, aquel dijo: Completorio en la cama, ni es salud ni provecho. Al oír esto, el hermano se asombró y se llenó de temor, y al mirar rápidamente hacia atrás, no pudo verlo. Pues tan pronto como pronunció la palabra, desapareció por completo. Sin embargo, al volver a su conciencia, encontró que la noche anterior, cansado del camino, había regresado y, arrojando su fatigado cuerpo en la cama, había completado las horas canónicas acostado. Si aquel fue un ángel, o realmente, como parecía, un hombre, dejamos que sea juzgado por Dios.

En este mismo desierto de la fuente Avellana, donde ahora habito, hubo un prior llamado Juan, que siempre parecía delgado y frágil debido a ciertas enfermedades lentas. Confiado en esta debilidad de su cuerpo, a menudo recitaba el completorio acostado en la cama. Sucedió que un endemoniado no estaba lejos, quien, sin pudor, revelaba muchos secretos de los hombres y actos obscenos. Y cuando el mencionado Juan ordenó al demonio que saliera, y lo flagelaba con ciertas preguntas de exorcismo, dijo: Tú eres el que susurra el completorio bajo el manto todos los días, y ahora quieres expulsarme como si fueras santo, y liberar de mi dominio un vasallo mío. Al oír esto, el hermano se sonrojó, porque reconoció la verdad de la acusación incluso a través del autor de la mentira.

Otro ermitaño, llamado Juan de Anso, cuando insistía vehementemente para que el demonio saliera, y repetidamente invocaba el nombre divino, el demonio le dijo: ¿Acaso has olvidado lo que te hice esta noche? Pues, si no lo has olvidado, sabes bien que mientras yo me transformaba en la figura de un jabalí salvaje, tú me perseguías como cazador. Pero cuando parecía un jabalí, de repente asumí la apariencia de una hermosa mujer, y al lanzarme a tu

beso, triunfé al hacerte derramar semen. Así, el espíritu reprobado se gloria de haber tenido triunfo sobre el hermano que pecó a través de la energía del sueño; ¿cuánto más creemos que se regocija con aquellos que caen en adulterio o incesto? Por eso, a menudo, Dios Todopoderoso exhibe un juicio terrible incluso en esta vida, y sin embargo, los miserables hombres no dejan de repetir lo que debe ser castigado.

Pues Roberto, rey de los galos, abuelo de este Felipe, que sucedió en el cetro de su derecho paterno, se casó con una pariente suya, de la cual tuvo un hijo con cuello y cabeza de ganso. A estos, es decir, al hombre y a la mujer, casi todos los obispos de las Galias excomulgaron con sentencia común. Tal terror de este edicto sacerdotal invadió a todo el pueblo por todas partes, que se apartaron de su compañía, y no le quedaron más que dos sirvientes para el servicio de su necesario sustento; quienes, sin embargo, también juzgaban abominables todos los vasos en los que el rey comía o bebía, y, después de recibir el alimento, los ofrecían al fuego. Finalmente, el rey, constreñido por estas angustias, volvió a un sano consejo, disolvió el incesto y contrajo un matrimonio legal.

CAPÍTULO VII. Que no deben tomarse por esposas a las comadres.

Pero también Otto, rey de los teutones, que después fue creado emperador de los romanos, tomó por esposa a Adelaida, reina de Italia, que había sido su comadre. Su hijo Almificus, que presidía como pastor de la Iglesia de Maguncia, comenzó a reprenderlo con constancia, y a condenar públicamente el matrimonio impío y abominable. El padre, sin embargo, muy enojado, ordenó que lo apresaran y lo encarcelaran de inmediato; lo mantuvo encerrado en prisión durante aproximadamente un año, pero el vínculo del terror no ató su lengua de corrección. Y cuando el padre decidió sacarlo de la custodia durante el transcurso del ayuno cuaresmal, antes de que completara el salterio que escribía con letras doradas, se negó a salir. Sin embargo, cuando salió, encendido por el celo de la autoridad sacerdotal, no descansó, sino que inmediatamente lanzó contra su padre el dardo de la excomunión pública. ¡Oh, verdaderamente digno sacerdote de linaje real, que en la causa de Dios no reconoció la dignidad imperial ni el afecto paterno; sino que, al establecer la autoridad paterna y real solo en Dios, consideró a este hombre, que resistía sus leyes, completamente ajeno a él! Dijo al padre: Tú piensas que actúo insolentemente contra ti, y que tú sufres un perjuicio; pronto conocerás que el día santo de Pentecostés ambos estaremos ante Dios, y allí se ventilará nuestro litigio, equilibrado en la balanza de la justicia. Allí aparecerá con claridad quién de nosotros sostiene la línea de la equidad, quién contradice las leyes de Dios. Y sucedió, en el día de la solemnidad sacrosanta que se mencionó, que mientras el mencionado Augusto, adornado con las insignias imperiales, rodeado de coros de muchos obispos y de multitudes de nobles, asistía a las solemnes misas, un juicio repentino cayó sobre él, y fue hallado muerto. El obispo, sin embargo, ya había descansado en el Señor. Así, quien despreció ser juzgado entre los hombres por el matrimonio incestuoso, fue llevado al tribunal del juez eterno; y quien despreció escuchar al obispo sujeto a él, no pudo evadir la terrible majestad sobre él.

Estas cosas, venerable padre, y muchas otras, escribo no sin gran angustia de temor; no sea que mis relatores no hayan seguido el camino de la verdad pura, o que yo mismo, al olvidar las relaciones, haya pecado por olvido. Sin embargo, con la conciencia como testigo, no hago esto con el deseo de mentir, sino con el afecto de edificación, y, en la medida de lo posible, me esfuerzo por recordar lo narrado y anotararlo en escritos. Si algo de olvido se me ha deslizado en esto, o más bien, cualquier cosa que haya pecado por la debilidad de la condición humana, antes de que sea liberado de los lazos de esta carne, que la divina piedad,

por tus oraciones, me lo recuerde, y me permita llorarlo dignamente; para que no quede oculto algo que deba ser lamentado mientras vivo, que se presente a los ojos del moribundo.

Horno, abad de Cluny, cuando me llevó a su monasterio, un hermano anciano en la casa de los enfermos, languidecía con un tumor creciente en todo el cuerpo. Este, cuando supo de la presencia del abad, se alegró y comenzó a implorar la clemencia divina: Señor, dijo, a quien nada oculto escapa, te ruego, si hay alguna culpa en mí que no haya confesado hasta ahora, recuérdamela misericordiosamente, para que, mientras mi abad está presente, la confiese puramente; y que él, que tiene este derecho sobre mí por encima de los demás, me juzgue y absuelva. Dicho esto, una voz de este tipo resonó en sus oídos: Ciertamente hay, ciertamente hay algo en ti que aún no has confesado. Y mientras él solo escuchaba la voz, pero no veía de dónde procedía, añadió en oración: Expresa, Señor, claramente qué es esto, para que, confesándolo, corrija lo que he errado. Entonces la misma voz expresó claramente un pecado [como lo buscaba] que él reconoció de inmediato haber cometido, y, llamando rápidamente al abad, lo purgó con confesión, y pocos días después murió en santa paz.

CAPÍTULO VIII. Ejemplo terrible de un hombre desesperado que se quita la vida.

No tuvo un final similar aquel clérigo, del cual el mismo Hugo, rector del monasterio de Cluny, me narró con fiel relato: Un obispo religioso, dijo, en una expedición, cuando llegó a la orilla de un río, se detuvo, y allí, cansado, comenzó a recrear su espíritu. Y mientras descansaba tranquilamente allí, escuchó una voz que salía del lecho del río, expresando claramente estas palabras: La hora ha llegado, el hombre no ha llegado. Al oír esto, el obispo se volvió solícito, y reflexionando que esto no podía ser sin misterio, esperó con cuidadosa vigilancia la llegada del asunto. Pero mientras el atento explorador esperaba, y mientras reflexionaba sobre esto y aquello, he aquí que un clérigo se apresuraba ágilmente, espoleando su caballo, y se apresuraba a cruzar el río cuanto antes. El obispo, sin embargo, advirtió a los suyos que se interpusieran rápidamente en su camino y lo detuvieran de su impetuoso curso. Y mientras él, apresurándose con rapidez, se disponía a invadir precipitadamente el río y cruzarlo sin demora, y ellos se le oponían violentamente y lo obligaban a detenerse, dijo: Deteneos, os lo ruego, dejadme, apartaos; porque la orden del rey urge. No es asunto que pueda posponerse para el futuro. El misterio del rey apremia, la necesidad inevitable lo impone. ¿Qué más? El santo obispo lo obligó a quedarse con él en la noche que sobrevino, retenándolo con gran violencia. Pero, ¡oh, miserable y lamentable condición del hombre, que más fácilmente puede procurarse males cuando faltan, que evitarlos cuando se avecinan! Pues, mientras el obispo y los suyos estaban sumidos en un profundo sueño, él encontró un recipiente de agua en el hospedaje, en el cual sumergió su cabeza, convirtiéndose en su propio verdugo, y se mató de manera fatal. Pero así como este, aunque oculto, sufrió la muerte de la carne por el estricto juicio de Dios, así por su piadosa clemencia otro evitó la muerte del alma y del cuerpo al mismo tiempo.

CAPÍTULO IX. Un votifragio es corregido por enfermedad para que se arrepienta.

Pues lo que ahora voy a contar, lo he escuchado frecuentemente tanto de la relación del ya mencionado abad de Cluny, como de la boca de aquel a quien le sucedió el hecho. Había un joven en los confines de Aquitania, que comenzó a tratar con sus coetáneos sobre la salvación de sus almas. Después de una deliberación previa, finalmente decidieron, y con unánime confederación entre ellos propusieron, abandonar las pompas del culto mundano y unirse al orden de la vida monástica. Pero mientras el asunto aún se posponía, mientras el orden de las cosas se sacudía con múltiple variedad, también el tierno ánimo del joven no se mantenía firme en su propósito. ¿Qué más? Cambiando completamente de opinión, desposó a una

esposa. Y mientras, con el paso del tiempo, su mente borraba de sí por completo el recuerdo de su santo propósito, y bajo el pretexto del matrimonio se entregaba impacientemente a satisfacer la lujuria carnal, la divina clemencia vigilante lo golpeó repentinamente con una enfermedad, y poco después llegó a los extremos. Por tanto, mientras sus familiares y allegados discutían sobre el entierro del ya casi difunto, mientras yacía en medio como un cadáver inanimado, y apenas un leve movimiento palpitaba en su pecho, he aquí que dos etíopes de aspecto muy horrible y feroz, como le parecía, lo atacaron como leones rugientes, lo agarraron con ferocidad rapaz, lo arrancaron violentamente del cuerpo, y ataron sus pies y brazos con duros lazos, y así, como un cabrito colgante, comenzaron a llevarlo uno tras otro. Pero, ¿qué dolores y tormentos sufrió, cuánto y qué vio o escuchó, por cuántos lugares lo llevaron, es demasiado largo no solo para dirigirlo con el estilo, sino también para escucharlo en simples palabras de la boca del narrador? Basta aquí con añadir que, mientras lo llevaban por lugares de oscura oscuridad, he aquí que el beato Pedro apóstol, resplandeciente y brillante, se les presentó, y arrebatándolo de los hombros de los portadores, lo liberó de los lazos que lo angustiaban. Ellos, dejando inmediatamente la presa, se retiraron rechinando los dientes y lamentándose, y se quejaron lastimosamente del perjuicio que se les había hecho. Pero el beato apóstol llevó al joven al monasterio de Cluny, y, dejándolo afuera, le ordenó que esperara hasta que él regresara. Yo, dijo, entrando en mi monasterio, lo visito, y recorriendo todo alrededor, observo lo que se hace; luego regreso a ti, habiendo considerado todo. Pero tan pronto como este fue dejado solo, he aquí que los mismos etíopes, más crueles y feroces, regresan, y no ya lo agarran por las manos y los pies, sino por los mismos genitales, y así, no sin su gravísimo dolor, lo suspenden. Pues como si un gorrión fuera atrapado por el pico de un halcón, o una paloma por las garras de un águila, así este miserable es agarrado por aquellos espíritus reprobos, es llevado colgado, suspendido por sus partes íntimas, y como si recuperaran la presa que había sido perdida, es llevado más lejos; cuando he aquí que el beato Pedro, resplandeciente con un brillo muy radiante y terrible, se lanzó como un rayo, arrebató su presa como por el ímpetu de un espíritu violento, y con las llaves que llevaba en la mano, golpeó severamente a los raptos más malvados. Inmediatamente lo condujo hasta su propia casa, devolviendo el espíritu al cuerpo, y restauró ambas sustancias a la salud. Pues él, recuperándose de inmediato, dispuso su casa sin demora, y apresurándose al monasterio de Cluny, recibió el hábito de la santa conversación con ferviente devoción. Así, el desertor de la milicia divina, mientras es instruido celestemente por la disciplina del castigo paterno, es arrebatado de la mano del cruel ladrón, y la oveja errante es devuelta a los apriscos de su propio pastor. Pero ya el cálamo, reprimiéndose, debe contener el estilo, para que el compendio epistolar no exceda la regla de la brevedad.

Escribid, si os place, este dístico en el refectorio, bajo los pies de los apóstoles.

La llama de lenguas apostólicas enciende el senado, Germina y como voz fecunda produce diversas lenguas.

DISPUTA. SOBRE VARIAS APARICIONES Y MILAGROS.

ARGUMENTO.

Al arzobispo, como quien se deleitaba enormemente en escuchar tales cosas, se le anuncia que los canónigos de la Iglesia de Velletri, a la cual él presidía, finalmente han emergido y se han convertido, como se dice, a una buena vida, y que, según la disciplina prescrita para ellos, no como antes forzados, sino voluntaria y libremente, han instituido su vida. Luego aporta algunos ejemplos y maravillas que han sucedido a muchos, de las cuales se puede obtener no poca utilidad.

Al señor A., venerable arzobispo, PEDRO, pecador monje, afecto de plena devoción.

Porque sé que tu santa mente, venerable Padre, se alegra especialmente por la salvación de los hombres, tanto que cuando te toca escuchar sobre el progreso de las almas, te deleitas como si te invitaran a banquetes de dulces manjares.

Te informo sobre nuestros canónigos, es decir, de la santa Iglesia de Velletri, porque aquellos que bajo nuestros muchos trabajos y sudores parecían incorregibles, ahora por la gracia divina recapacitan, y a través del camino de la regla canónica ya no caminan obligados, sino gozosos. Además, cada uno de ellos en tiempo de Cuaresma completa diariamente el salterio; tres días a la semana todos se abstienen de vino y guisado en común; y parecen tener tal fervor de conversación estricta, que durante toda la Cuaresma, que es antes de Pascua, y aquella que precede habitualmente a la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, tres días a la semana cada uno se despoja en el capítulo ante los hermanos, y confesando sus propios pecados, soporta la disciplina de un duro látigo de correas. En este indicio de santa conversación puedes recoger claramente qué debes estimar sobre los demás modos de vida y observancias. Y, ¡oh disciplina saludable, ciertamente aflicción de la carne! en la cual, mientras el cuerpo se desnuda ante la vista humana, aparece adornado ante los ojos de Dios con resplandecientes vestiduras. Por cierto, apenas ha pasado un mes desde que ocurrió lo que te refiero.

[DISPUTA SOBRE VARIAS APARICIONES Y MILAGROS.]

CAPÍTULO PRIMERO. La santidad del ermitaño Baruncio.

Baruncio, ciertamente mi hermano unánime y singular en la dulzura de un amor especial, no en el desierto, sino en una villa sujeta al desierto, mientras realizaba una obra necesaria, cayó en una enfermedad extrema. Cuando reconoció que su muerte era inminente, propuso a los hermanos, que le prestaban servicio con diligencia, que le impusieran penitencia: y aunque juzgaban que tres, o como mucho, cuatro salmos serían suficientes para un hombre santo e inocente, él pidió que le dieran una penitencia de diez años, la cual inmediatamente encargó a los hermanos que moraban en el desierto que la cumplieran cuanto antes. Así, en la noche siguiente, mientras cada uno en sus celdas, después del canto del gallo, desnudos, se dedicaban a disciplinas corporales, y los hermanos se apresuraban a cumplir la penitencia antes de que él muriera, Baruncio dijo al hermano Lamberto, que le asistía con diligencia: ¿Por qué, dijo, no te preparas y te adornas con vestiduras eclesiásticas como los demás hermanos? Pues todos los hermanos del desierto hasta ahora me han asistido visiblemente, vestidos con estolas blancas y resplandecientes, y como cantando en coro, visibles por el brillo de sus vestiduras resplandecientes. Por lo tanto, lo obligó a vestirse a su ejemplo. Cabe señalar que, mientras aquellos hermanos, desnudos, estaban dedicados a disciplinas corporales a cierta distancia de él, a él, por así decirlo, ya no con ojos carnales, sino espirituales, le parecían vestidos con un adorno decoroso. El que me refirió esto, el venerable padre Liutprando, también me hizo saber algo más, que no carece de edificación para los oyentes.

Al inicio, dijo, de aquella Cuaresma que precede a la Natividad del Señor según la institución eclesiástica, me sobrevino de repente una molestia de enfermedad repentina tan grande que apenas podía mantenerme en pie, mucho menos cumplir con la regla de la conversación diaria. Y mientras fluctuaba con pensamientos oscuros y confusos, desesperaba

completamente del ayuno, y decidía renunciar de ahí en adelante a la abstinencia diaria de alimentos, de repente me sobrevino un suave sopor, y recliné un poco la cabeza sobre el códice al que estaba atento. Entonces me pareció que toda la celda estaba llena de humo, y además había allí muchas personas que vociferaban entre sí con gritos y conversaciones mutuas: cuando de repente el santo hermano Juventius, que vive laudablemente en el mismo desierto, irrumpió en las puertas de la celda, y con el celo de una severísima advertencia expulsó a los hombres, y sin demora los empujó violentamente hacia afuera. ¿Acaso, dijo, no es inviolable la regla de este desierto, que nadie se atreva a conversar en la celda, sino que la censura del silencio reprima inmediatamente los labios de los que entran? Y de inmediato tomó un paño, y arrojó todo el caos de humo y la tétrica acumulación que llenaba la celda. Hecho esto, inmediatamente desperté del sueño, y reconocí mi mente libre de toda niebla de pensamientos humeantes, no sin gran alegría del corazón. Entonces, expulsada toda la fatiga de la tentación y la enfermedad, encontré en mí tal fuerza y fortaleza de virtud, que durante toda aquella Cuaresma hasta la Natividad del Señor apenas alguna vez sentí hambre, y ni siquiera un solo día, si no me equivoco, requerí otros alimentos que no fueran pan y agua.

CAPÍTULO II.---La intemperancia del obispo de París es castigada divinamente.

Y, ¡oh, ojalá le hubiera sucedido así a Albuino [Alberico f.], obispo de la Iglesia de París! A quien, mientras celebraba el ayuno del séptimo mes, si lo recuerdo correctamente, y habiendo ya pasado dos días de ayuno, llegó al sábado, se le ofreció un jabalí capturado en una cacería singular. Inmediatamente, él, seducido pestilentemente por la concupiscencia de aquel letal manjar, ardió, y decidió que el ayuno debía trasladarse a la semana siguiente: y de inmediato ordenó a los cocineros que cocinaran el cerdo con esmero. Así, aquel día el hombre miserable satisfizo el apetito de su gula, pero al octavo día, es decir, el siguiente sábado, cerró su último día. Y ciertamente lo mereció, quien hizo del santuario de la Iglesia como sepulcros de concupiscencia en el desierto (Num. XI). Pero, ¿qué maravilla hay si allí, donde la culpa es tan evidente, la venganza se manifiesta claramente, cuando a menudo vemos el lamentable resultado de un asunto, y sin embargo ignoramos el misterio de la disposición suprema por causa oculta?

El obispo Leo, anteriormente de Pozzuoli, ahora noble ermitaño, me relató recientemente a mí y a los hermanos, que cuando un endemoniado estaba en el monasterio que está en Nápoles, construido en honor del beato confesor Agnello, de repente saltó sobre un hombre que estaba cerca, y golpeándolo con furia rabiosa, lo mató de inmediato. Y, ¡oh, quién puede penetrar los profundos juicios de Dios! Pues tan pronto como mató al hombre inocente, fue inmediatamente liberado del demonio, y restaurado a su mente y razón original, nunca más sufrió la molestia de aquella pasión. Preguntado por qué había cometido tal acto, dijo: No vi a un hombre, sino a un perro negro, que, como me parecía, intentaba morderme, y lo maté. En este efecto oculto de la disposición, no quedó clara la causa de por qué aquel fue digno de ser herido repentinamente, o por qué este mereció ser liberado del demonio. Pues aquel, en cuanto al juicio humano, fue asesinado inocentemente; y este, en cuanto a la apariencia de culpa exterior, parece ser castigado con venganza. Y, ¿qué maravilla hay si los méritos ajenos no nos son evidentes, cuando a menudo nosotros mismos ignoramos lo que hemos hecho por la debilidad del olvido?

CAPÍTULO III.---La bienaventurada virgen María en su festividad de la Asunción libera a innumerables almas de las penas del Purgatorio.

Un sacerdote religioso llamado Juan me relató un hecho que ocurrió hace pocos años en Roma, que narro. En la Asunción de la bienaventurada Madre de Dios María, cuando el

pueblo romano, según la costumbre, se dedicaba a oraciones y letanías durante la noche, y con luces encendidas recorría las iglesias de diversas regiones; una mujer vio a su comadre en la basílica dedicada al honor de la misma bienaventurada Virgen, en el Capitolio [Campitello f.], quien había fallecido hacía casi un año. Y como no pudo acercarse a ella para hablarle debido a la multitud de personas que se congregaban, se esforzó por esperarla en un rincón de un callejón, de modo que no hubiera duda de que al salir de la basílica no podría evitar acercarse a ella. Así que, al verla pasar, le preguntó de inmediato: ¿Eres tú mi comadre, Marozia, que falleciste hace tiempo? Ese era su nombre cuando vivía. Ella respondió: Soy yo. ¿Y cómo estás ahora?, preguntó. Ella dijo: Hasta hoy no me ha faltado un castigo leve, porque, en efecto, por las seducciones de la lascivia desenfrenada me manché con mis compañeras en mi aún tierna edad; y este mismo hecho, ¡ay de mí!, lo olvidé de alguna manera, y aunque lo confesé al sacerdote, no recibí juicio. Pero hoy la reina del mundo ha intercedido por nosotros, y me ha liberado junto con muchos otros de los lugares de castigo, y tal multitud ha sido liberada hoy de los tormentos por su intervención, que excede el número de todo el pueblo romano; por lo cual visitamos los lugares sagrados dedicados a nuestra gloriosa señora, y le ofrecemos con alegría acciones de gracias por tan grandes beneficios de misericordia. Y cuando su comadre dudaba de esto y no daba fácilmente crédito a sus palabras, añadió: Para que sepas con certeza que lo que digo es verdad, debes saber que al cabo de este año, en esta misma festividad, sin duda morirás. Si, lo que no puede suceder, vivieras más allá, comprobarás claramente que he mentado. Y dicho esto, desapareció de su vista. Inmediatamente ella se vistió de cilicio, y preocupada por su muerte, comenzó a vivir con más cautela lo que había oído. ¿Qué más? Casi al cabo de un año comenzó a enfermarse en las vigiliias del día anterior; y en el mismo día de la festividad, como se le había mostrado, terminó su vida. Cabe señalar, y no tomar a la ligera, que por la culpa cometida, que la mencionada mujer había olvidado, sufrió castigos hasta la intervención de la inmaculada Madre de Dios.

CAPÍTULO IV---Aparición bellísima de los santos en Roma en la iglesia de Santa Cecilia.

Rainaldo, obispo de Cuma, también me contó lo que dijo haber aprendido del venerable Humberto, antiguo obispo de Santa Rufina. Un sacerdote, dijo, mientras descansaba en el silencio nocturno, fue llamado en visión por su compadre, que había fallecido, diciendo: Ven, ve el espectáculo, que no podrás juzgar ocioso. Entonces lo llevó a la basílica de Santa Cecilia, en cuyo atrio se veían a Inés, Águeda, y la misma Cecilia, y un coro de muchas vírgenes bienaventuradas, con un brillo admirable de vestimenta y hábito. Estas preparaban un magnífico asiento, elevado sobre los demás bancos a ambos lados, y he aquí que la bienaventurada virgen María, acompañada de Pedro, Pablo, David, y no pequeñas turbas de mártires y diversos santos resplandecientes, vino y se sentó en el asiento que estaba preparado. Además, mientras en aquella santa asamblea se hacía silencio, y todos estaban de pie reverentemente, he aquí que una mujer, aunque pobre, pero decentemente adornada con un vestido de piel, cayó a los pies de la inmaculada Virgen, y le rogó que tuviera misericordia de Juan el patricio, ya fallecido. Y aunque repitió esta súplica tres veces, no pudo obtener respuesta alguna, añadió: Sabes, dijo, mi señora, reina del mundo; yo soy aquella miserable que solía yacer desnuda y temblorosa en el atrio de tu basílica mayor. Él, tan pronto como me vio, se compadeció de mí con piedad, y me echó encima esta piel con la que estaba vestido. Entonces la bienaventurada Madre de Dios dijo: Aquel hombre, por quien ruegas, está oprimido por una gran carga de delitos; sin embargo, tuvo dos cosas, que fue piadoso con los necesitados, y mostró gran humildad hacia los lugares sagrados. Pues frecuentemente llevaba aceite en sus propias manos, y proporcionaba combustible a las lámparas de mi Iglesia. Y cuando sobre esto los demás santos dieron testimonio al patricio, y afirmaron que había

hecho lo mismo en sus iglesias, la reina del mundo ordenó que aquel patricio fuera llevado al medio; y he aquí que una multitud de demonios arrastraban a Juan, atado por todas partes con correas de castigo, y fuertemente oprimido por las cadenas que lo rodeaban. Entonces nuestra señora ordenó que fuera liberado, y agregado a las cohortes de los santos; y las cadenas con las que había sido liberado, ordenó que se colocaran para atar a otro hombre que aún vivía en esta vida. Entonces aquella asamblea de santos se disolvió, y cada uno, yendo en diferentes direcciones, desapareció de la vista del que observaba. El bienaventurado Pedro apóstol fue a su iglesia, a quien inmediatamente le salió al encuentro un coro de todos sus sucesores, es decir, de los pontífices romanos, con vestiduras festivas e infulas; y el bienaventurado Pedro, que hasta entonces parecía vestido con vestiduras hebreas, como se ve en las pinturas en todas partes, entonces también recibió el phrygium en la cabeza; y como los demás, fue adornado con infulas sacerdotales en el cuerpo. Entonces comenzaron a entonar aquel responsorio que dice: Tú eres el pastor de las ovejas; con melodías y cánticos melifluos; y así lo condujeron hasta el consistorio del coro sacerdotal. Al llegar allí, el mismo príncipe de los apóstoles comenzó el oficio nocturno, diciendo: Señor, abre mis labios: luego recitó tres salmos, otras tantas lecturas y responsorios, que se enumeran en los natalicios de los apóstoles, según el modo canónico. Todo, pues, habiendo sido recorrido en orden debidamente, y completadas también las alabanzas matutinas, sonó la campana de la misma iglesia, y de inmediato el sacerdote, que veía estas cosas, despertó y terminó el sueño.

Además, el mismo obispo que mencioné antes me contó que un monje, mientras pasaba diariamente ante el santo altar de la bienaventurada María siempre virgen, solía recitar la antifona que comienza así: Alégrate, Madre de Dios, virgen inmaculada; alégrate, que recibiste el gozo del ángel; alégrate, que diste a luz la claridad de la luz eterna; alégrate, madre; alégrate, santa Madre de Dios, virgen. Tú sola madre sin desposorio. Toda la creación te alaba. Madre de la luz, intercede por nosotros. Y mientras un día pasaba recitando esta antifona, escuchó una voz que procedía de ese mismo altar: Me has anunciado gozo, gozo te sucederá.

CAPÍTULO V.---Quien diariamente recita el oficio de los muertos es introducido en el reino celestial.

Pero el mismo obispo también me contó que un hermano no usaba el oficio diario, ni ciertamente el solemne de los santos, sino que solo usaba y se deleitaba con el oficio de los difuntos. Y cuando, cumpliendo con la deuda de la condición humana, se presentó ante el tribunal del supremo Juez; la turba de demonios comenzó a imputarle vehementemente este crimen, que, negligente de la regla de la institución eclesiástica, había despreciado rendir votos a Dios a través de los oficios de la sinaxis acostumbrada. Entonces la bienaventurada reina del mundo, siempre virgen María, y todos los coros de los santos con ella, acudieron valientemente, y se interpusieron unánimemente en su ayuda. Este, dijeron, fue nuestro capellán y ministro: y porque siempre asistió con gusto a las exequias de los difuntos, sin duda nos ministró a todos nosotros. Lejos esté, pues, que este caiga en manos de los impíos, quien con piadosos esfuerzos hacia nosotros, mientras vivía, se dedicaba. Así, por las oraciones de la bienaventurada Virgen, y la súplica de todos los santos, mereció pasar a su compañía. Sin embargo, el obispo relator de este asunto ignoraba si aquel hermano había regresado a nosotros, o si había relatado esto a otros que vivían en esta vida.

Te escribo esto, venerable hermano, familiarmente, porque como con manjares suaves, así me deleito en tu conversación, sea cual sea: y mi mente se alegra continuamente, y se entusiasma, cuando algo que te convenga escribir se presenta.

Bendito sea el nombre del Señor.